

«NIXON ES UN ORDENADOR»

Siempre dispuesto para el combate, ese infatigable testigo de la vida americana que es Norman Mailer ha participado activamente en la reciente campaña electoral en apoyo del candidato demócrata McGovern. En este sentido, Mailer ha publicado en fecha reciente un ensayo en el que describe el combate entre «San Jorge» (McGovern) y «el Padrino» (Nixon). A continuación reproducimos las declaraciones hechas por el novelista a Pierre Dommergues. En ellas Mailer se refiere tanto a las razones que han llevado a la reelección de Nixon como a la situación del hombre americano frente a la creciente contaminación industrial, frente al ordenador y a esa especie de totalitarismo invisible que lo invade todo. Todas estas cosas son para él otras tantas reencarnaciones del diablo...

EL DIABLO EN PERSONA

Norman Mailer fue a la guerra con un solo propósito: escribir la mejor novela de la segunda guerra mundial. Tenía ya metida en el cuerpo la noción de la concurrencia, de ser el primero y el mejor en algo, tan propia de la sociedad americana. Y es probablemente uno de los primeros en la lucha por la destrucción de esa sociedad, a la que detesta firmemente. Mailer, judío de Brooklyn, había pasado ya sus cinco años de Harvard y había escrito sus primeras novelas. Probablemente su novela de la guerra, «Los desnudos y los muertos», no sea estrictamente la mejor de las que han sido inspiradas por la segunda guerra mundial, pero sí puede aceptarse que es una de las mejores. Tuvo una enorme difusión y le hizo millonario a los veinticinco años (había nacido en 1923). Su vida no ha cesado, desde entonces, de ser rica en acontecimientos. Mailer es un frenético personaje de nuestro tiempo, y para denunciar las contradicciones de la sociedad que detesta, la ha asumido primero en sí mismo. Stephen Richards Rojack, personaje narrador de su novela «Un sueño americano» (1964), mata a su mujer y disfraza su muerte de suicidio; hay un episodio oscuro en la vida del propio Mailer muy semejante. También fue acusado de la muerte de su esposa. El diablo aparece ya en esta novela, representa el papel del tentador, y el héroe es capaz de desafiarse. Norman Mailer cree en el diablo, cree en un mundo dual, de bien y mal. Esto es, la esencia misma de la sociedad americana. Sólo que él sitúa el mal, el diablo, donde otros sitúan el bien...

«Los desnudos y los muertos» fue un esfuerzo colosal: Norman Mailer se encontró vacío por dentro después de escribirla, como

exhausto. Su segunda novela, «Barbary Shore» —una «novela demencial», diría de ella su autor, acerca «de los misterios psíquicos de los stalinistas, de la Policía Secreta, de los narcisistas, de los niños, de las lesbianas, de los histéricos y de los revolucionarios»—, le costó tres años de trabajo y fue mal acogida por la crítica y por el público. Escribió después con mejor fortuna «The deer park» (tema, Hollywood, el cine), «Anuncios para mismo», «Los documentos presidenciales», «Muertes para damas»... Y entró en una lucha personal. Se sumó al movimiento «hip» y fue uno de sus héroes. En Nueva York se dedicó a trabajar en el semanario «Voice», de los «hippies» de Greenwich Village. La revolución sexual, la espontaneidad, el misticismo, la vida natural... En un famoso ensayo, «El negro blanco», Norman Mailer encontraba que las virtudes raciales del negro y la busca de las sensaciones inmediatas podrían liberar al blanco de su actual servidumbre, de lo que Wilhelm Reich (con Freud, su principal inspirador) llamaba «la coraza defensiva».

Norman Mailer ha tomado posición en todos los grandes temas de la sociedad americana: contra la guerra del Vietnam (fue admirador de Kennedy y detractor de Johnson y luego de Nixon), también contra los movimientos de liberación de la mujer, a favor de los movimientos estudiantiles de Berkeley... Ha entrado profundamente en la política no sólo como candidato —derrotado fácilmente—, sino como periodista y como escritor. Su último libro político, «San Jorge y el padrino», representaba una toma de posición en favor de McGovern (San Jorge) y en contra de Nixon (el padrino), siempre dentro de su mística del bien y del mal. ■ J. A.

—¿Cómo explica usted la reelección de Nixon?

—Nixon ha sabido medir (y explotar) la mentalidad americana, que se ha vuelto monstruosa, triste y horrible. Nixon no es en sí un monstruo, sino únicamente el agente amoroso —el ordenador, si usted quiere— que late al unísono de la vida americana. Funciona como un ordenador.

»Contentarse con denunciarlo es complacerse en su propio fango. Lo que es preciso cambiar es el estado de la nación americana, consecuencia ya sea de su naturaleza fundamentalmente mala (todos somos «malas hierbas» arrancadas, trasplantadas...) o de una programación que ha engendrado una especie de totalitarismo sin campos de concentración ni barbarie visibles en nuestro suelo nacional (donde vivir resulta más bien agradable), pero que de hecho conduce a la lobotomización del pensamiento del pueblo americano.

»Comencemos por explorar las condiciones físicas en que vivimos. Somos la nación más rica y poderosa de la Tierra, somos capaces de educar al mayor número posible de gente (...). Pero al mismo tiempo se destruye la riqueza de nuestros sentidos: respiramos «smog». Invade nuestro paisaje una arquitectura horrosa. El plástico aniquila nuestro sentido táctil. ¿Y los alimentos? Producimos más alimentos que cualquier otro país, pero los contaminamos... Lo mismo cabe decir de la increíble contaminación sonora: el silbido de los aparatos electrónicos.

»Los americanos aceptan a Nixon porque es el «Padrino». Tienen miedo de los horrores que se perfilan en el horizonte. El Padrino les aporta la tranquilidad. Nuestra misión, si es que alguna tenemos, consiste en cerner y analizar la enfermedad de nuestro siglo. Tal vez descubramos que antes de devolver a los ríos su pureza original conviene reencantar el espíritu que antaño los habitaba. No estoy empleando una simple imagen. Quiero decir que en algunos lugares contaminados, nada —literal, nada— crecerá mientras no se resucite el espíritu del lugar.

»Tal vez habrá que volver a los griegos. No es imposible que la lengua griega esté más próxima al espíritu del viento que cualquier otra lengua en la Historia de la Humanidad. Es hora de re-

conocer humildemente que hemos fracasado y que ante nuestros ojos surge un genio político al que no podemos siquiera calificar de maléfico. Nixon es el primer hombre que se ha introducido en el ordenador, y todos somos sus esclavos.

—¿Quién tiene el poder?

—Ignoro quién dirige el mundo. Pero sé que hemos de reconocer, como hipótesis científica, la existencia del diablo, y creo que su primera manifestación es el ordenador. Es propio del diablo el violar la Naturaleza en todas partes, dado que la Naturaleza es la creación primera de Dios.

—Pero, ¿es el diablo una metáfora para usted?

—No; esta idea tiene para mí tanta fuerza como la ciencia. Cuanto más se estudia la ciencia, más se cae en la cuenta de que está desprovista de valor filosófico.

»Hay imperialismo económico, pero hay, además, imperialismo de la voluntad de poder. Hoy, el beneficio no es ya esencial, y ahí surge precisamente la demencia. En una primera fase podía considerarse que el capitalismo clásico y la concepción clásica del beneficio eran expresión directa de esta voluntad; el beneficio se confundía con ella.

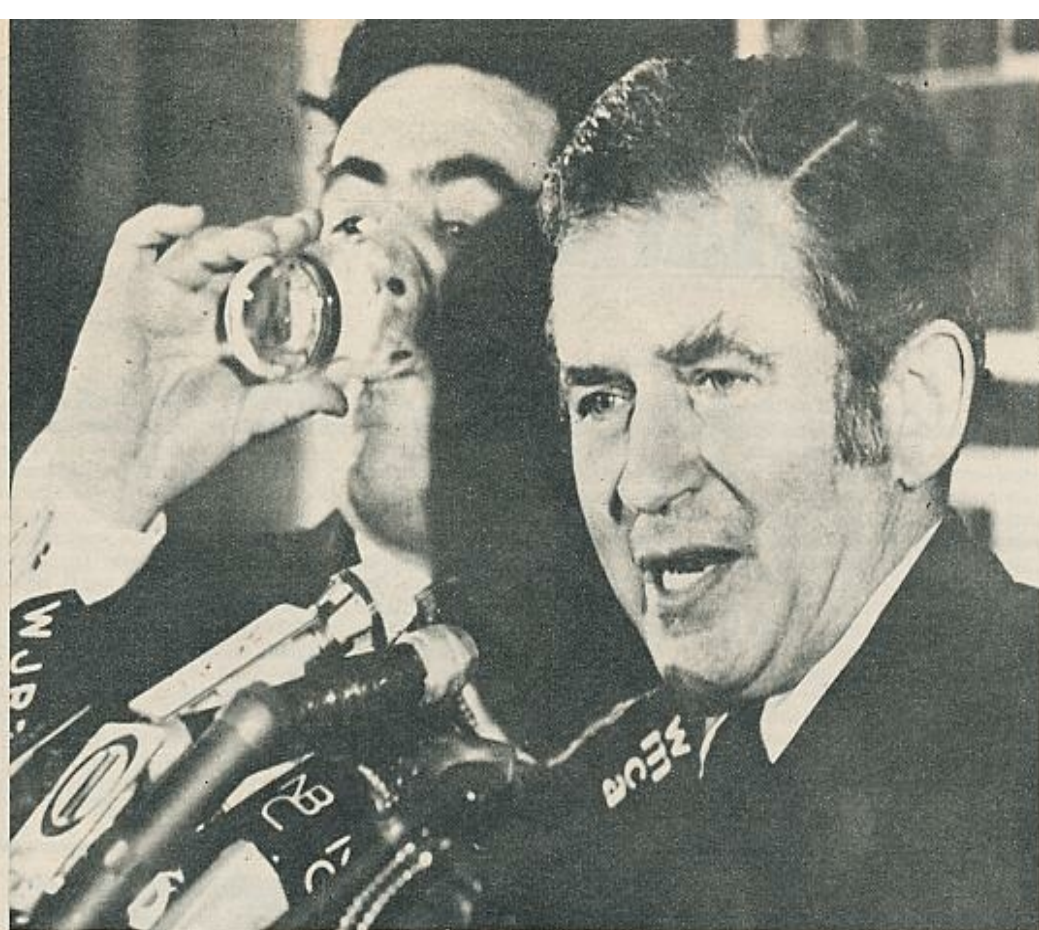
»Actualmente nos damos cuenta de que esta política ya no es rentable, y, sin embargo, la práctica de la voluntad de poder sigue siendo central.

—¿Sería entonces el diablo la encarnación del capitalismo?

—Es posible... Cuando me despierto el lunes, pienso que el diablo es el comunismo. El martes me imagino que es el capitalismo. Y el miércoles, que es el contubernio de uno y otro... Dentro de veinte años apenas si habrá diferencia entre ambos... Pero lo esencial es la voluntad de poder.

»En un principio, la voluntad del hombre se media con la Naturaleza y las reglas morales establecidas por Dios. Hoy choca con algo que no tiene ya el rostro de la Naturaleza, la teología o la moral, sino la dureza de lo irracional, de lo fantástico y lo abstracto.

»Siempre vuelvo a Kierkegaard. ¿Su mensaje? No fiarse de los instintos más profundos. Kierkegaard, que vivía en una sociedad altamente represiva, descubrió, no obstante, que el momento en que uno cree ser más auténtico



Norman Mailer, cuando anunció su candidatura a la Alcaldía de Nueva York. A su izquierda, el editorialista Jimmy Breslin, que aspiraba a la presidencia del Consejo Municipal de la ciudad en la combinación electoral con Mailer.

es precisamente aquél en que se alcanza el más alto grado de mala fe.

«Sólo el totalitario está seguro de sus motivaciones. Independientemente de que uno tenga o no confianza en sus propias motivaciones, es preciso sondearlas, seguir su propio camino. Tal vez te conviertas así en agente del diablo, pero si tienes el mínimo sentido de la dialéctica, convendrá en que la única manera de liberarse de las garras del diablo es medirse con él hasta el momento en que ambos, él y tú, decidáis de común acuerdo separaros.

—En el programa de su última campaña para las elecciones municipales de Nueva York, usted propugnaba el "poder para el barrio". ¿Pretendía brindar al pueblo la posibilidad de expresar su voluntad directamente?

—El hombre moderno está metido en un callejón sin salida. No puede experimentar el mínimo sentimiento, la mínima voluntad de reparto porque carece de todo poder. Si pertenezco al partido demócrata es porque creo que el hombre expresa más que sirve a la voluntad divina. Si el hombre es expresión de la voluntad divina, debe realizar sus propios fines, descubrir sus errores, moldear su vida. Mientras los hombres no tengan poder para modificar su entorno inmediato, mientras no sean capaces de valorar

por sí mismos el resultado de sus ideas y sus acciones, seguirán estando alienados. El hombre de masas es un demente.

«Un proyecto como el nuestro permitiría a los habitantes de un barrio negro o portorriqueño, por ejemplo, ocuparse personalmen-

te de la construcción de viviendas conformes a sus necesidades, con lo que se crearía en esos barrios un sentimiento de realización personal que no existe actualmente en ningún sitio (...). ¿Qué es la pobreza? ¿Qué es la riqueza? ¿Quién puede fijar sus cánones? Nadie puede elevar el nivel de vida de los pobres, excepto los mismos pobres. Una casa humilde con mucho calor humano puede estar más cerca de la auténtica riqueza que los apartamentos fríos, plastificados, minúsculos que los ricos diseñan para los pobres.

—¿En qué se diferenciaría todo eso de la situación actual?

—El dinamismo interno de todos y cada uno de los barrios sustituiría a la tristeza que actualmente los caracteriza. Sólo se constituirían en barrio quienes así lo desearan. En cierto modo sería un retorno a la Comuna de París. ¿Que cuáles serían las relaciones entre unos barrios y otros? Habría fricción: chocarían entre sí. No sería nada fácil ni agradable. Pero el orden ya no vendría de arriba, sino que habría que entenderse o renunciar a la intención primera. Habría que aprender los mecanismos del poder y la decisión. ■
Declaraciones recogidas por Pierre Dommergues.

Copyright "Le Monde"-Publicaciones Controladas, S. A.

LOS DOS ULTIMOS LIBROS

«St. George and the Godfather», de Norman Mailer, New American Library. Nueva York, 1972.

«Existential Errands», de Norman Mailer, Little Brown and Co. Boston and Toronto, 1972.

San Jorge y el Padrino: se trata en un principio de un reportaje en torno a las Convenciones de los partidos demócrata y republicano, una especie de réplica de Miami y el sitio de Chicago, que escribió con motivo de las Convenciones de 1968, y que marcó el inicio de la carrera como periodista político de Norman Mailer. En realidad, se trata de un análisis de la vida política americana y de sus fundamentos. Es a la vez una matizada toma de posición en favor del candidato demócrata. San Jorge es, naturalmente, McGovern: Mailer le reconoce paciencia, perseverancia, sentido de la estrategia... pero al mismo tiempo descubre una falta de carisma en ese santo, cuya seriedad recuerda a la de aquel cosmonauta que se fue a leer un versículo de la Biblia sobre la Luna. En una palabra, Mailer echa de menos a J. F. Kennedy, aquel «superhombre» existencial con el cual se identificó en la campaña de 1960, aquella super-«vedette» que conquistó a los liberales... a los radicales.

Por lo que se refiere a Nixon, la entrevista nos aclara cuáles son los sentimientos del novelista hacia el reelegido Presidente. Pero como siempre, Mailer se muestra ambiguo frente al poder: no logra ocultar cierta admiración por la fuerza de Dick, el mafioso, ni cierto desprecio por la santidad exangüe de McGovern.

De hecho, para Mailer, la auténtica apuesta la constituye el combate que el hombre libra contra el mundo moderno. Una vez más Mailer acusa: lo que en sus **Presidential Papers** Mailer calificaba de «peste», lo que en **Vivac en la Luna** designaba como «waspidude», recibe hoy el nombre de «wad» (literalmente, «guata», «pelote»), término que evoca además la sonoridad de «cloaca»...

Los mismos problemas fundamentales están planteados en **Existential Errands**, esta vez ya no en el plano nacional, sino a escala de la ciudad de Nueva York, cuya parálisis funcional se ha convertido en legendaria. En este ensayo, el ex candidato a la Alcaldía de Nueva York propone elementos de soluciones concretas, basadas todas ellas en el principio de la descentralización y ponen en tela de juicio las tradicionales relaciones de dependencia entre electores y elegidos. Las propuestas son seductoras, pero en la medida en que su autor funda su análisis menos en los datos económicos de un sistema capitalista que en la sociopatología de una nación presa de esquizofrenia, es de temer que —nuevo don Quijote— combata menos al dragón que a su sombra. ■ P. D.